



NOTAS HISTORICAS



La reconquista de la provincia de Madrid

LOS TRES ALFONSOS: VI, VII y VIII

La lenta obra de la Reconquista de España que, iniciada en las montañas del Norte, en la primera mitad del siglo VIII, no se consuma hasta la segunda del siglo XV, al pie de Sierra Nevada, con la capitulación del reino granadino, tiene, sin embargo, una más temprana culminación por lo que a la provincia de Madrid se refiere. Dado el puesto geográfico central que ocupa la provincia madrileña dentro de la Península, la Reconquista tuvo en ella un período histórico igualmente centrado, equidistante de los dos siglos —VIII y XV— que marcaron la partida y meta de la gran hazaña guerrera: el comprendido entre los siglos XI y XII.

Cuando los árabes sustituyeron a los visigodos, la provincia formaba parte de una España unida bajo el cetro, más o menos firme, de don Rodrigo. Cuando los cristianos sucedieron a los árabes, no existía políticamente España, sino una serie de Estados divididos entre sí, cuando no hostiles, tocándola en suertes quedar bajo el dominio del Rey de Castilla, región tan dilatada ya, que necesitó catalogarse en dos: la Vieja o «Vetula», que había nacido en Cantabria y tierras burgalesas, y la Nueva, integrada por los territorios que se iban conquistando al Sur del Duero y Guadarrama. Tal diversidad de Estados, entre otras causas, motivó la gran lentitud de la Reconquista, carente de un mirar político de conjunto, salvo el de algunos reyes inteligentes y el del clero regular, que conservaba la concepción romana de unidad y no compartía la cómoda postura del «statu quo», preferida por la mayoría.

Nuestra provincia se convirtió, durante largos años, en la avanzada de ambos contendientes, árabes y cristianos. Sus lugares fortificados, cambiando de mano según los azares de la guerra, tan pronto protegieron una arremetida árabe, procedente del Sur, como otra cristiana, de allende el Guadarrama. Su posesión sirvió de termómetro para comprobar la temperatura victoriosa de unos u otros, y cuando al final del reinado de Alfonso VIII quedó definitivamente incorporada al bando cristiano, ello marcó también el fin del poderío árabe y la clara dominación cristiana.

Este período de «su» reconquista y los cambios de tan variado orden que la acompañaron, constituirán el objeto de nuestro tema que, por su extensión, hemos dividido en dos partes: una, que aparece en el presente número de la Revista CISNEROS, meramente relatora de los acontecimientos históricos por los que la provincia quedó de nuevo incorporada al mundo cristiano, y otra, dejada para más adelante, en la que intentaremos hacer una descripción del cambio inmediato de civilización que en ella se operó a raíz de su reconquista.

* * *

Alfonso I, ya en el siglo VIII, llegó a contemplar, desde Segovia, las lejanas crestas del Guadarrama, pero le faltaron hombres para sostener lo conquistado y hubo de contentarse con arrasar poblados y cosechas, regresando a sus tierras norteñas, seguido de gran número de esclavos sarracenos y libertados cristianos. Su sistema de dejar tras de sí una estela de tierra calcinada de desierto «hinterland», fué luego imitado por sus sucesores y por los grandes caudillos árabes, desde la inmediata reacción de Hixem hasta Almanzor. Ello explica la total ausencia de arbolado en grandes extensiones de la meseta castellana, que antaño lo tuvieron en abundancia.

Más tarde, cuando cerrado a los árabes el paso de Pancorvo, Asturias había cedido ya el puesto a León, y Castilla empieza a sentirse con fuerzas de independencia, Ordoño I llevó su ímpetu guerrero hasta Coria, y Rodrigo, el primer Conde de Castilla, atravesó Somosierra y penetró en Talamanca (año 830), que fué así la primera localidad madrileña de importancia que volvió a contemplar a los ejércitos cristianos, mandados por un tocayo del último Rey visigodo.

Fué simplemente una temeraria salida, ésta del Conde don Rodrigo, pero tuvo la fuerza de derribar un mito: la invulnerabilidad del candado del Guadarrama, abriendo el portillo para posteriores avances hacia la codiciada Toledo, a veces so capa de ayudar al reino moro toledano en sus rebeliones con-



tra los califas. Los árabes se apresuraron a robustecer las fortificaciones madrileñas, en adelante avanzadas de su atacado territorio. Buitrago, Talamanca, Alcalá y Madrid se amurallaron aún mejor y se levantaron torres y castillejos, origen de muchos posteriores castillos cristianos. La lucha de forcejeo se hizo desde entonces más dura. Fueron los días de los avances hacia el Sur de los cristianos —Ramiro II, Fernando I y los dos Sanchos— y hacia el Norte, buscando el corazón de Castilla, de los árabes —Abderramán y Almanzor.

El belicoso Ramiro II, que se había asentado en el trono leonés a consecuencia de una sentimental renuncia de su hermano Alfonso IV, emprendió una expedición de «sorcorro» a Toledo, cercado por el Califa. Atravesó el Guadarrama y, en 932, conquistó la plaza de Medina Magerit (Madrid), que tenía fama de bien defendida, aunque Ebu-Katib la describiese como «pequeña población cercana a Alcalá». El monje de Silos, en su Crónica publicada por Berganza, dice en su típica sencillez: «desmanteló sus muros, hizo muchos estragos en un domingo y, ayudado de la clemencia de Dios, volvió a su reino, en paz y con su victoria». Lo cierto fué que el cerco califal a Toledo no pudo ser levantado, y casi a marchas forzadas, por la presión de Abderramán, hubieron de regresar los expedicionarios. Entre éstos se hallaban los Quiñones, de Segovia, y probablemente el Conde de Castilla, Fernán González, aún no enemistado con el Rey. Ramiro II cebó su furor en el desgraciado Alfonso IV, que pagó su osadía de colgar los hábitos y soñar de nuevo en la corona, con la pérdida de los ojos y su muerte en vida en el castillo de Ruiforco, de trágico nombre. Fernán González, en cambio, supo mantenerse firme ante la reacción de Abderramán, y plantarse en Sepúlveda, a la vista de Somosierra, no muy lejos de la altura llamada Peñala-Lara, quizás como recuerdo de aquel otro peñón de Lara, cuna del buen Conde castellano. Los campos colmenariegos de Arabiana tienen también su leyenda unida a la detención de los legendarios Infantes de Lara.

Fernando I realizó nuevas embestidas hacia Toledo, por Guadalajara y el Este de nuestra provincia. Las tierras del Manzanares, Jarama y Henares conocieron sus correrías, y Alcalá, Talamanca y Madrid (año 1047) fueron sitiadas. El cerco fué levantado únicamente ante la entrega, por parte del rey moro de Toledo, de grandes riquezas y de su propia independencia política, prefiriendo presentarse personalmente ante Fernando I y rendirle vasallaje, que perder la plaza de Alcalá y su propia capital. Doce años más tarde, en 1059, el Rey Sancho saqueó, casi impunemente, las plazas de Alcalá y Madrid.

Pero todos estos ataques carecieron de permanencia, como tantos otros de la historia de la Reconquista. Era un tejer y destejer, como el del velo de Penélope en el poema homérico. Incluso, muchas veces, era conquistada y saqueada una localidad, mas no su castillo, como ocurrió con el de Madrid, que se mantuvo firme, tanto ante los asaltos de los cristianos (hasta Alfonso VI) como de los almorávides y almohades. A las conquistas de Alfonso I siguieron las de Hixem y a las de Ramiro II y sucesores, las de Abderramán y Almanzor. Sólo la muerte de éste y la aparición de los dichos Fernando I y Sancho, habían dado a la lucha, en nuestra provincia, el carácter de verdadera «reconquista». Es que el siglo XI estaba ya maduro e iba a entrar en escena Alfonso VI que, junto con sus otros dos sucesores del mismo nombre, forma el cuadro de honor de los monarcas libertadores de la provincia de Madrid.

* * *

Alfonso VI (1072-1109), el «Soberano de los hombres de las dos religiones», que había vivido en Toledo como ilustre exilado durante los años de sus guerras fratricidas con

Sancho II, tuvo en su mano el expulsar a los pervertidos y divididos reyezuelos musulmanes, que florecían entre poesías, asesinatos, riquezas y amorfos de Romaicas, mas se contentó, en general, con vasallajes, actos simbólicos de meter su corcel en aguas de Tarifa, amasar tesoros, dominar ciudades y recibir a la bella Zaida —bautizada Isabel—, hija del Rey moro de Sevilla. Sin embargo, la provincia de Madrid, concretamente, tiene en él a su más distinguido libertador.

Alfonso VI, muerto el Rey Al-Mamun de Toledo, que tan gentilmente le había dado asilo político en los malos tiempos de Sancho II, no se creyó obligado, por pacto alguno de amistad, con el nuevo sucesor e hijo, el débil Cadir. En cambio, ansiaba conquistar la ciudad, cuyas riquezas y debilidades conocía tan de cerca, aprovechándose también de la alianza del rey sevillano. La campaña, a través de tierras madrileñas, fué feliz y plantó sus reales ante Toledo. Cadir no sabía qué entregarle, siendo dueño ya de las principales localidades de su reino y estando a las puertas de la propia capital. Alfonso sólo se daría por satisfecho si el humillado musulmán la rindiase Toledo, y, en un regateo de ciudades, Cadir hubo de renunciar a su Tolei-Tolá por la posesión precaria de Valencia. Así volvió Toledo a ser Corte cristiana (1085) y silla metropolitana, en la que asentó Alfonso VI al clunicense Bernardo, francés de origen y abad de Sahagún. Así también las espadas cristianas templaron en adelante sus aceros en el Tajo, alcanzando fama mundial por varios siglos. Cuando Otelu tuvo que emplear un argumento convincente, hizo salir el poeta esta frase de su boca: «I have another weapon in this chamber, it is a sword of Spain, the icebrook's temper». Todavía en pleno siglo XIX, el belicoso Sultán sudanés esgrimía en Khartum, con orgullo, una espada toledana que había pertenecido a Carlos V (1). La hermosa Zaida, luego esposa del monarca, aportó también a Alfonso VI, junto con su persona y la alianza sevillana, extensos y ricos territorios. Entre ellos interesa a nuestra historia la fortaleza de Aurelia (Oreja), a la orilla izquierda del Tajo, a cuya jurisdicción pertenecía Apis-Aurelia, la actual Colmenar de Oreja, y localidades como Fuentidueña, Estremera y Carabaña.

Junto al nombre de Alfonso VI, como conquistador de nuestra provincia, hay que colocar el de su capitán Alvar Fáñez, quien personalmente tomó Fresno de Torote, y el del Arzobispo Bernardo. Muchas poblaciones madrileñas, incluida la propia Madrid y su castillo se sabe fueron entonces liberadas, unas algo antes de la entrada triunfal en Toledo (Talamanca y Valdemoro), en 1083, y, según Pombo, Colmenar Viejo en 1081, otras de camino (Robledo de Chavela y la vega de Chinchón) y otras después (Buitrago). Torrelaguna, Torrelodones, Ribas, Alcorcón, Getafe, Cubas..., pasaron igualmente a manos cristianas. De algunas otras se tienen más detalles de su conquista. En Madrid fué el hidalgo Garcí Alvarez quien obtuvo por vez primera el remoque de «gato», por su extraordinaria agilidad en escalar los muros de la Villa, nombre que en lo sucesivo, por concesión real, le fué autorizado emplear como apellido de linaje. La toma de Alcalá de Henares, tras varias alternativas de avances y retiradas, fué encomendada, por el propio Alfonso VI, al recién nombrado Arzobispo Bernardo, quien la cobró a poco (1088), mas no así el castillo-alcázar árabe, que se sostuvo aún durante treinta años, rindiéndose en 1118 al Arzobispo.

La leyenda no podía dejar de hacer su presencia en este reinado tan propicio a ella. Se encarga de presentarnos al Cid alanceando toros al pie del alcázar madrileño, encabezando el escalafón de toreros insignes, en el

que figurarán, con los años, un César Borgia y todo un Carlos V.

También algunos colocan en estos tiempos inquietos la tradición del Atochar (2). Sanz Martínez, en su interesante librito «Rincones de la vieja España» (Mejorada del Campo y Rivas de Jarama), nos dice: «El primer hecho que tiene alguna relación con Rivas, es el de aquel esforzado capitán madrileño, Gracián Ramírez (el que llevó a la escena Francisco de Rojas en su comedia «Nuestra Señora de Atocha», y cuyo retrato estuvo hasta 1647 sobre la puerta del Santuario de Atocha, según Pellicer y Tovar, en su «Memorial de la Casa de Saavedra», quien coloca el milagro del Atochar antes de la conquista de Toledo), del que se dice fundó la ermita de Ntra. Sra. de Atocha o del Atochar en Madrid. Fué vecino de la Villa hasta que cayó en poder de los árabes, yendo a refugiarse con su familia al castillo de Rivas. Cita Sanz Martínez a López y López de Lorena («Historia del Cristo de Rivas»), quien recoge la tradición de que, con permiso de los moros, don Gracián solía ir a Madrid a venerar la imagen. Un día vió que ésta no se hallaba en la pobre ermita, sino en unas matas, y comprendiendo que ello indicaba que era la Virgen se la hiciese un nuevo templo, comenzó la obra con ardor, en unión de sus familiares y criados. Los moros le atacan entonces, creyendo trata de levantar una fortaleza, y tiene que refugiarse en la iglesia. Esposa e hijas (Elvira y Leonor) le piden morir antes que caer en manos árabes. Don Gracián cumple tan tristes deseos y ofrece sus cuerpos ante el Altar. Acto seguido, al grito de «María de Atocha!», pone en fuga a los enemigos, persiguiéndoles hasta el centro de la ciudad, y cuando regresa para recoger la imagen y enterrar a su mujer e hijas, las encuentra resucitadas orando ante la Virgen. Francisco de Rojas habla de Alfonso, «rey de Castilla», en una carta nombrando a Gracián Alcaide de Madrid, y Sanz Martínez dice ser Alfonso VI, el conquistador de la Villa.

Por último, en Torrelodones, tenemos la tradición de Poe. Antonio Cantó («El turismo en la provincia de Madrid») la narra así: «En el reinado de Alfonso VI, en el año 1086, un caballero llamado don Tirso Lodón vino a refugiarse en un castillo que tenía en este lugar (Torrelodones), buscando lenitivo a su viudez. El castillo estaba en sitio quebrado, en el monte que llevó el nombre de «Las Marías», dominando un pequeño caserío que, con el tiempo, se convirtió en la villa de Torrelodones. Don Tirso tenía dos hijos, a cual de peor catadura, los cuales, a pesar de los buenos consejos del padre, cometían los mayores desafueros y crueldades, robando y deshonrando cuanto veían. Llegó el día de Difuntos, el cual lo celebraron con una bacanal, pero al mediar la noche, y en plena orgía, oyeron los habitantes del caserío, entre los gemidos del viento, lamentos y gritos extraños. A la mañana siguiente aparecieron ahorcados los dos hermanos en las almenas de una de las torres. La fantasía popular se desbordó, afirmando unos que, dominados ambos hermanos por la embriaguez, decidieron suicidarse para entregar sus ánimas al diablo, asegurando otros que, unidos el padre y restantes hermanos de las víctimas, ejecutaron en éstas la terrible justicia. La torre donde aparecieron sus cuerpos llamaronla «Torre de los Lodones». Esta leyenda, pero refiriéndola al año 1106 (tres años antes de la muerte de Alfonso VI), la recoge el doctor Picabea en su «Topografía médica del término municipal de Torrelodones», obra premiada por la R. A. de Medicina en 1926.

Sigamos ahora la Historia. La provincia quedó, pues, reconquistada con Alfonso VI,

(2) Otros la remontan a los días de Favila, cuando los árabes estaban en pleno poderío de su invasión. Véase Revista CISNEROS, núm. 4: «La provincia de Madrid bajo la dominación árabe», por A. Quintano.

(1) A. Quintano: «Khartum», artículo en el *Correo Español*, de Bilbao. Febrero 1948.

pero careció, por largo tiempo, de personalidad propia y de solidez. La existencia de dos grandes ciudades al Norte y Sur, Segovia y Toledo, respectivamente, hizo que se repartiese la influencia entre ambas, llevándose la primera la jurisdicción político-administrativa, y la segunda, la eclesiástica. A Segovia pasó la mayor parte de las localidades conquistadas y a los segovianos se acudió para la gigantesca tarea de la repoblación. A Toledo se le concedió la alta jerarquía Arzobispal, con una Sede en Alcalá. La solidez, únicamente se logrará por otros dos Alfonsos, VII y VIII, cuando hayan sido dominadas las dos últimas arremetidas árabes: la de los almorávides y la de los almohades. Los primeros, llamados por el propio suegro y antiguo aliado de Alfonso VI, aterrorizado ante el poder de su yerno.

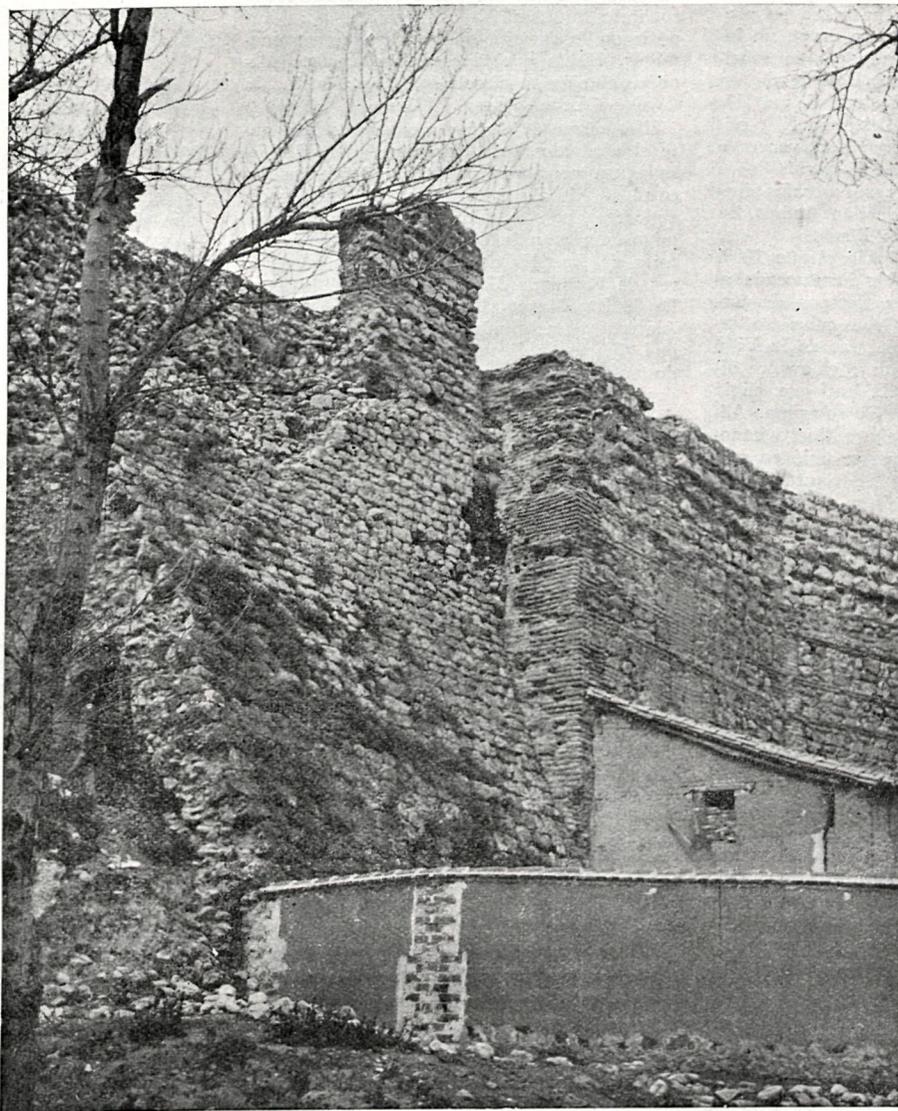
do por la peste, que le obligó a regresar a sus Estados. Alvar Fáñez recuperó parte de lo perdido; pero, a los dos años, en 1113, un ejército al mando de Mazdali tomó la fortaleza de Aurelia (Oreja), degollando a sus defensores. Por segunda vez se salvó Toledo, defendido por Alvar Fáñez.

* * *

Alfonso VII, «el Emperante» (1126-1157), consolidó y aumentó el territorio conquistado por su abuelo Alfonso VI, una vez restablecido el orden político, tan alterado en tiempos de doña Urraca. La provincia tiene en él al segundo monarca de su reconquista definitiva hacia el Sur, desde San Martín de Valdeiglesias a Colmenar de Oreja, pasando

propia del tiempo: vengar la muerte de su buen capitán Nuño Alfonso. A tal hecho de armas va unido también el nombre de un caballero madrileño, al menos por afinamiento (Colmenares, en su «Historia de Segovia», dice ser segoviano), don Gozelmo o Guillermo de Rivas, el que repobló la comarca de Ribas de Jarama —aportándola su apellido, según unos, o tomándolo de ella, según otros—, y que había reedificado, con permiso de Alfonso VII, el destruido castillo de Azeca, buen punto de apoyo para atacar el de Oreja.

En abril de 1139, la fortaleza de Alf fue sitiada por las mejores tropas del Emperador, quien acudió en persona con todas las milicias de Toledo, ciudad que quedó por ello desguarnecida. Fray Prudencio Sandoval (op. cit.) relata los pormenores del sitio de



Restos de la mural'a de Talamanca. (Foto Leal)

Las salpicaduras del desastre de Uclés alcanzaron a la provincia. Los almorávides penetran por Aranjuez y la vega del Tajuña, por Chinchón, Fuentidueña y Estremera, si bien resistió Toledo. Alfonso VI, abrumado por la derrota de Uclés, la muerte del príncipe Sancho (único hijo con Zaida) y la de su amada esposa, fallece, a su vez, en 1109, dejando por heredera a su hija Urraca, de quien se sabe estuvo en el castillo de Fuentidueña.

Durante el reinado de luchas civiles y matrimoniales de doña Urraca, los almorávides, con Yussuf, volvieron a la carga. Toledo se salvó gracias al valor de Alvar Fáñez, y Yussuf tomó entonces la dirección de Tudicia y Alcalá, descargando sus golpes sobre Guadalajara y Madrid (1110), siendo deteni-

por Aranjuez, que él llamará Aranz, palabra transformada en Aranzuet en el siglo XIII.

El suceso más destacado de su reinado, en lo que atañe a la provincia, fué la reconquista de la perdida fortaleza de Aurelia u Oreja, que Fr. Prudencio Sandoval dice ser Cazorla, «que ahora llaman Oreja», a tres leguas de Ocaña, cerca del Tajo («Historia de los cinco reyes de Castilla y León». Crónica de Alfonso VII), y a cuya jurisdicción pertenecía la madrileña Colmenar de Oreja (Apis-Aurelia). Del castillo habían hecho los almorávides una plaza inexpugnable, defendida por Alf. Desde ella amenazaban a la propia Toledo y realizaban constantes salidas de pillaje. Alfonso VII decidió su reconquista, tanto por estas razones de política militar como por otra caballerescas, muy

Oreja, con el caballeresco sucedido del ataque a Toledo por los reyes moros de Sevilla y Córdoba, y el príncipe Aben Gamia de Valencia, aprovechándose de estar defendida sólo por mujeres, capitaneadas por la Emperatriz doña Berenguela, y sintiéndose sin fuerzas para habérselas con Alfonso VII en Oreja, aun siendo éste el móvil de la expedición musulmana. Doña Berenguela les afrentó su cobardía, siendo tantos y todos hombres, ir a combatir a pocas y simples mujeres, cuando tan cerca tenían al Emperador. Los reyes moros suspendieron inmediatamente sus ataques y regresaron a Córdoba. En octubre de 1139 capitulaba el castillo de Oreja, y Alfonso VII, en justa reciprocidad al gesto musulmán ante Toledo, dejó a los defensores retirarse tranquilamente

a Calatrava (3). Guillermo de Rivas o Ribas fué nombrado Alcaide de la fortaleza de Oreja, y al regresar triunfador Alfonso VII a Toledo, dió desde allí el célebre Fuero de Oreja (terceras nonas de noviembre de la era 1177, año 1139), cuyos beneficios alcanzaban igualmente a los territorios anejos, entre ellos Colmenar de Oreja y Carabaña.

En estos tiempos inseguros de la Reconquista, al margen de las hazañas de guerra que acaparaban entonces toda la atención de ciudadanos y cronistas, vivió un humilde labrador, traído y llevado de un lugar a otro de la provincia por los acontecimientos bélicos. No portaba consigo lanza ni ballesta, sino pobres instrumentos de trabajo y ricos pensamientos de fe y santidad. Tal hombre, sin embargo, entonces confundido entre tantos otros semejantes y hasta mirado con envidia y rencor por muchos de sus compañeros de trabajo, pasó a la posteridad con carácter imperecedero, hasta en su propia carne mortal, y su nombre ocupa un lugar en el santoral, con milagros de sencillez rural, como su vida. Beatificado en 1619 por Paulo V, a solicitud de Felipe III, y canonizado en 1622 por Gregorio XV, reinando Felipe IV, su cuerpo fué venerado desde muchos siglos antes, casi a raíz de su fallecimiento, y sus primeros biógrafos fueron ya un Juan Diácono de San Andrés, en Madrid (1261), y un Jacobo Bleda.

Nació Isidro Labrador, hacia el año 1080, en la villa de Madrid, recién incorporada al cristianismo. Sus primeros tiempos de jornalero los pasó al servicio de un caballero llamado Vera. Entre los habitantes de la Villa que huyeron aterrizados ante el avance almoraví, iba el jornalero Isidro, que eligió por refugio la localidad de Torrelaguna. Allí conoció a María de la Cabeza (luego canonizada, como él), con la que se unió en matrimonio en la parroquia de Santa María Magdalena. La ermita de Ntra. Sra. de Carquiz fué objeto de las asiduas visitas de ambos esposos, y numerosas localidades madrileñas dicen haber merecido la estancia en ellas de San Isidro. En 1119, al ser Madrid otra vez reconquistado, volvió Isidro a la Villa, entrando al servicio de su nuevo amo y protector, el célebre don Juan de Vargas. Su actividad se repartió entre lo profesional, en una granja o alquería de origen árabe, y lo religioso, en la ermita de Santa María de la Antigua (Carabanchel Bajo) y la iglesia de San Andrés, a cuya sombra se levantaba la casa del de Vargas. Esta iglesia fué su predilecta. En ella fundó una Cofradía dedicada al culto del Santísimo Sacramento, y en ella reposó su cuerpo incorrupto cuando fué exhumado del cementerio de la propia iglesia, en donde había recibido tierra a su fallecimiento, que unos colocan en 1130 y otros en 1170 ó 1172.

* * *

Y llegamos al final del siglo XII y al último de los Alfonsos, con quien quedó consumada la reconquista de nuestra provincia. Durante el reinado de Alfonso VIII (1158-

(3) Aurelia u Oreja tenía frente a sí, al otro lado del Tajo, y en terrenos de la actual Colmenar de Oreja, un despoblado que desde entonces tomó el nombre de Valdeguerra.

1214) tuvo lugar el postrer gran fulgor de la dominación musulmana, el más feroz y aporatoso de todos, pero el más fugaz, como ocurre también con la última rueda en los fuegos de artificio.

Los almohades de Yacub ben Yussuf, por un momento, pareció iban a retrotraer la historia a los días de Abderramán y Almanzor. La derrota de Alfonso VIII en Alarcos (1195) hizo tambaléar a Toledo, y la provincia se vió de nuevo invadida. Madrid, Alcalá y Talamanca, por no citar más que las tres plazas más importantes, fueron asaltadas y devastadas por los fanáticos almohades, en el correr del mismo año de Alarcos. Alfonso VIII recuperó las ruinas de las localidades perdidas y en 8 de diciembre de 1204 sabemos se hallaba en el castillo de Funtidueña (el mismo donde moró su madre la reina doña Urraca), donde hizo testamento acuciado por grave dolencia (4). Pero hacía falta un esfuerzo supremo para impedir en lo sucesivo nuevas irrupciones enemigas. Había que derrotar con carácter decisivo al ejército almohade, y esta misión la llevó a efecto Alfonso VIII.

El egoísmo de los reyes cristianos, que ante el alud almohade con que se despidió el siglo XII, permanecieron separados y hostiles entre sí, vióse sustituido, en los albores del siglo XIII, por la unidad ante el mortal enemigo común, unidad que hizo posible la victoria de Las Navas y preparó las posteriores de Fernando III el Santo. Fué la batalla de Las Navas (1212) el gran desquite de Alarcos y un triunfo para toda la cristiandad. El propio Papa, Inocencio III, alarmado ante el avance almohade, hizo rogativas desde el pórtico de Letrán. A las llamadas de cruzada no sólo se unieron los reyes peninsulares (Castilla, Aragón, Navarra y Portugal, con la única ausencia del leonés), sino que acudieron caballeros franceses, ingleses y alemanes, así como de la Orden del Temple y numerosos clérigos guerreros, de probada valía. No falta quien dice se trazaron en Alcalá los planes de la gran batalla, y, desde luego, madrileños y estandarte de Madrid figuraron al lado de tantos otros españoles y extranjeros —como más tarde en la toma de Sevilla—, y el Arzobispo don Rodrigo Ximénez de Rada cabalgó junto a los de Nantes, Burdeos y Narbona (5). Un Iñigo de Mendoza aparece en la lista de los caballeros vizcaínos participantes; la primera vez, como dice el P. Mariana, que hace su entrada en la Historia tan ilustre apellido.

El hecho milagroso también se produce aquí y, precisamente, por medio del Santo madrileño: Isidro Labrador. Pellicer lo recoge a través del Dr. Rosell (6). San Isidro,

(4) Del castillo aún se conserva, medio hundido, el torreón llamado de los Piquillos. Poco más había en tiempos de Madoz, quien dice: «Sólo se ve en buen estado la torre, de piedra, y algún paredón de ripio casi derruidos».

(5) León Pinelo: «Historia de Madrid».

(6) Juan Antonio Pellicer: «Discursos sobre varias antigüedades de Madrid y origen de sus parroquias, con algunas reflexiones sobre la disertación histórica publicada por el Dr. D. Manuel Rosell, acerca de la aparición de San Isidro Labrador al Rey Alfonso VIII antes de la batalla de Las Navas». Madrid, 1791.

bajo la apariencia de un pastor montaraz, se apareció en plena Sierra Morena al Rey y sus tropas, señalándoles el camino estratégico para atravesarla y caer victoriosos sobre el enemigo. El propio Alfonso VIII dice se reconoció que las facciones del pastor eran las del Santo Patrón madrileño cuando tuvo ocasión de contemplar su cuerpo incorrupto. Ni el Rey ni los prelados (el Arzobispo don Rodrigo), en sus cartas y relaciones, hablan, sin embargo, de San Isidro, aunque recogen el sucedido. El P. Mariana se limita a decir: «Un cierto villano, que tenía grande noticia de aquellos lugares por haber en ellos largo tiempo pastoreado (algunos creyeron ser ángel, movidos de que mostrado que hobo el camino, no se vió más), prometió a los Reyes que si del se fiasen, por senderos que él sabía, todo el ejército y gente llegarían sin peligro a encumbrar lo más alto de los montes». Hoy se llama Puerto Real o del Emperador.

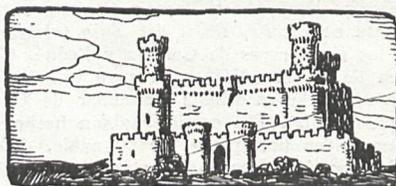
La victoria fué rotunda, aunque tuvo la batalla sus momentos de peligro. En uno de éstos, don Sancho Fernández de Cañamero, que llevaba el pendón de Madrid; inició la huida, pero Alfonso VIII le obligó, lanza en ristre, a regresar a la pelea. El lunes 16 de julio de 1212 fué el día memorable en que quedó abatido definitivamente el peligro musulmán. El endiosado Miramamolín regresó al África como un huído, dejando sobre el campo jienense de Las Navas lo más florido de su ejército y un gigantesco botín. La tienda de oro y seda del Emir fué enviada a Roma como trofeo, los pendones a Toledo, la bandera capitana de Castilla y un rico tapiz con versículos del Corán, al cisterciense Monasterio de las Huelgas, que junto a Burgos acababan de levantar Alfonso VIII y su esposa doña Leonor, y las cadenas que cercaban la tienda de Mohamed ben Yacub, así como una fabulosa esmeralda, fueron para el Rey de Navarra que, como motivo heráldico, las incorporó al escudo de su reino (7).

Alfonso VIII, sin embargo, no supo aprovechar hasta el máximo su posición dominante indiscutible y, tras las típicas razias por el Andalus, repasó Sierra Morena, enfermo y agotado. Toledo recibió a su Rey como se merecía y en recuerdo de la gran victoria se estableció la festividad del Triunfo de la Santa Cruz. Sólo poco más de dos años restaban de vida al Monarca. Falleció en Burgos, también un lunes, el 6 de octubre de 1214. Su cuerpo fué llevado a reposar, ajeno ya a desdichas y alegrías, a victorias o derrotas, al Monasterio de las Huelgas, bajo las esbeltas y sencillas bóvedas góticas que anunciaban, con su nuevo estilo, una nueva etapa en la Historia de España.

Después de los tres Alfonsos, habían terminado las invasiones extranjeras en la provincia de Madrid. Tendrán que pasar seiscientos años para que, y esta vez por el Norte, a través de Somosierra, avancen hacia el Sur, camino del Madrid de Carlos IV, las intrusas tropas napoleónicas.

ALFONSO QUINTANO RIPOLLES

(7) Amador de los Ríos: «Troveos militares de la reconquista». Madrid, 1893.



El Marqués de la Valdavia, condecorado

LA Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, otorgada recientemente al Marqués de la Valdavia por el Gobierno de Su Excelencia el Jefe del Estado, ha realzado merecidamente una de las facetas más destacadas de la ilustre personalidad del Presidente de la Diputación Provincial madrileña.

Esta condecoración, de tan gloriosa prosapia intelectual, que corona luminosamente la ejecutoria de todos los que contraen excepcionales méritos en las altas esferas del saber, premia hoy una actuación constante, ininterrumpida, llena de calidades entusiastas, en pro de los elevados intereses culturales de la provincia de Madrid.

El Marqués de la Valdavia, por un mandato imperioso de sus nobles anhelos, ha concentrado siempre su preferente atención en su cometido de tipo cultural. Una corroboración plena de este aserto resplandece en el progresivo perfeccionamiento que han experimentado bajo su presidencia los Establecimientos docentes de la Diputación. El Colegio de San Fernando, por el volumen de su alumnado, es digno de especial mención. En este Centro, celoso forjador de futuros ciudadanos, no sólo se recibe la instrucción adecuada al ejercicio de las profesiones manuales, sino que, con el generoso designio de que el talento natural de sus acogidos no se esterilice lamentablemente en las oscuras zonas de la ignorancia, se les facilita el acceso a las actividades propias de las carreras facultativas, con la posibilidad de que, quizá algún día, surja de entre este plantel de muchachos alguna auténtica gloria de la intelectualidad española.

En el Colegio de Nuestra Señora de las Mercedes, que es, por múltiples conceptos, una institución modelo en su peculiar naturaleza, los novísimos métodos pedagógicos han culminado en su máxima eficacia en lo que afecta a la preparación cultural y profesional de sus alumnos. Independientemente de los oficios meramente manuales, cursan el Bachillerato y los estudios superiores las alumnas que reúnen condiciones adecuadas para cultivar, con probabilidades de éxito, esta clase de conocimientos en las distintas ramas de la inteligencia.

Todo esto, superficialmente expuesto, en cuanto hace referencia a los dos Establecimientos benéficos docentes de la Diputación.

En lo que atañe a la ayuda que la Corporación dispensa al numeroso contingente de estudiantes económicamente necesitados, sosteniendo becas y abonando el importe de títulos de fin de carrera, es un rasgo que no requiere ninguna clase de adjetivos ditirámicos para ponderar su capital y trascendente importancia.



Los Centros culturales y artísticos, cuyos fines despiertan viva simpatía, son objeto de importantes auxilios económicos.

La Institución «Jiménez de Cisneros», encauzadora de las inquietudes espirituales de la provincia, es también un alto exponente del anheloso afán de la Corporación en materia cultural.

Los Centros Pedagógicos, que actúan en las localidades cabezas de partido o en los términos municipales de importancia, tienen asignada una elevadísima misión: la de extirpar, con toda rapidez, el analfabetismo.

Seríamos notoriamente injustos si en esta relación de actividades culturales que se desarrollan bajo la vigilante supervisión del Marqués de la Valdavia, no aludiéramos a la misión encomendada a la Sección de Prensa y Propaganda y a la difusión y éxito de su Revista CISNEROS, entusiasta portavoz del ritmo creciente de mejoramiento que están adquiriendo todos los servicios provinciales. Es evidente que este órgano periodístico —del que nos habló en un discurso don Mariano, en términos de levantado optimismo, cuando esta realidad no había excedido las fronteras de un bello proyecto— no se circunscribe solamente al aspecto material de la vida de la Corporación,

sino que registra y comenta, con singular competencia, todas las manifestaciones científicas, históricas, literarias y culturales de la provincia de Madrid.

El «Día de la Provincia» es otra de las inspiradas creaciones de nuestro Presidente. No se conformó, en su latente espíritu de superación, con dotar adecuadamente los servicios de carácter material adscritos a su jurisdicción. Quiso también llevar a la monótona existencia de los pueblos, con estas anuales solemnidades, una ráfaga de alegría, de poesía.

Pero no se esfuma en los precedentes aspectos el círculo de los méritos culturales del Presidente de la Diputación. El señor Ossorio Arévalo es también, en el estricto radio de acción de sus dotes personales, un excelente orador. Su palabra, fácil, límpida y convincente, fluye de sus labios con sorprendente naturalidad, robustecida siempre por la recia solidez de su pensamiento.

También con el campo de la literatura mantiene concomitancias. Es un espíritu de selección como el suyo, estas incursiones al mundo de las letras son una derivación natural de sus apetencias estéticas.

Nosotros hemos leído —mejor dicho, releído, con sincera admiración— algunos folletos surgidos de su pluma. En el titulado «Paseo de Coches del Retiro» hace desfilar, con rasgos de notable maestría en la descripción de los personajes que evoca, al brillante mundo aristocrático, político y artístico que prestigiaba con su presencia, en los años iniciales de este siglo, el más importante paseo de nuestro parque incomparable.

En otra de sus producciones, llevado de su acendrado amor al pueblo que tiene el honor de contarle entre sus hijos ilustres, nos conduce mentalmente al Madrid típico, alegre y optimista, y su pluma recorre con ligero sentimentalismo que cautiva las calles, las plazas, los rincones pintorescos y los viejos palacios madrileños, donde la augusta voz de la Historia tiene todavía elocuentes resonancias.

Con el fin de que no se nos tilde de hiperbólicos recordaremos que, al enjuiciar la personalidad literaria de don Mariano Ossorio, el señor Fernández Almagro, académico de la Española e insigne crítico, afirmó que en el nítido, terso y transparente estilo del Marqués de la Valdavia concurrían todas cualidades características de un gran cronista madrileño.

Por estas razones y por la intensa labor cultural que realiza en los organismos que se hallan bajo su presidencia, el Marqués de la Valdavia se ha hecho acreedor a ostentar la preciada condecoración que últimamente le ha sido otorgada.

A. BOLADO ALLENDE

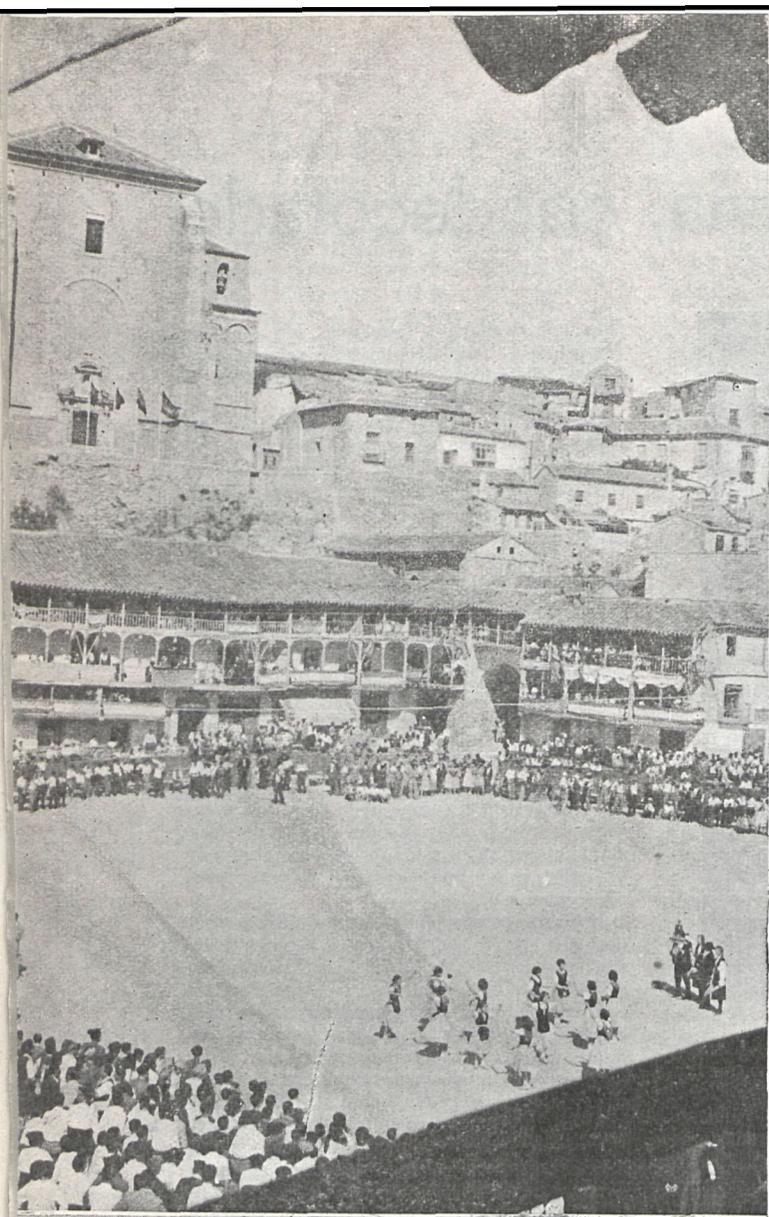
Eugenio Lostáu y Argimiro Torrecilla, distinguidos

DON Eugenio Lostáu Román, Diputado-Presidente de la Comisión de Prensa y Propaganda y Presidente del Consejo de Redacción de CISNEROS, ha sido nombrado recientemente Presidente de Colegios de Licenciados y Doctores en Filosofía y Letras y de Ciencias. Días más tarde ha sido nombrado también Presidente de la Mutualidad Laboral de Comercio, entidad que cuenta con más de 250.000 asociados, razones más que suficientes para hacer a don Eugenio Lostáu un hueco de honor en nuestras páginas, hueco que, dada su modestia, nos hace, sin embargo, limitarnos a dar la noticia de su primer nombramiento repro-

ducida del diario *Pueblo*, de Madrid: «Una continuada dedicación a la enseñanza han llevado al señor Lostáu, en el campo político, a la Delegación de Educación de Madrid y a la Jefatura Central del Servicio Español del Profesorado de Enseñanza Media; en lo sindical, en pasadas legislaturas, a la Jefatura Nacional de la Sección Social del Grupo de Enseñanza y a la Procuradería en Cortes como técnico del Sindicato de Actividades Diversas; en lo profesional, en recientes elecciones, al Decanato del Colegio Oficial de Madrid y al Consejo Nacional de Educación, culminando estas designaciones ahora con el nombramiento de Presidente del

Consejo Nacional de Colegios de Licenciados y Doctores en Filosofía y Letras y en Ciencias, a propuesta del Pleno de Colegios, en cuyo cargo la anterior ejecutoria es garantía de éxito en defensa de los intereses y dignidad de la docencia no estatal.»

A don Argimiro Torrecilla y Cimadevila se le ha concedido la Encomienda con Placa de la Orden de Cisneros, a propuesta de los Inspectores de Enseñanza, por su importante labor al frente de la Comisión de Educación de esta Diputación, noticia que igualmente recogemos con la alegría que todos los éxitos del señor Torrecilla nos proporcionan.



CHINCHON EN FIESTAS

Tal vez una de las páginas más bellas y más íntimamente típicas del «Día de la Provincia», de este año de gracia, haya sido la gran fiesta folklórica celebrada en la plaza de Chinchón. ¡Hay que ver qué bonito estaba este inigualable lugar! Ataviada con sus mejores galas, con colgaduras, banderas, mantones y colchas adamasquinadas, la plaza de Chinchón puso en esta fiesta matritense la nota de gran colorido, el tecnicolor de las películas, presentando ante nuestros ojos asombrados, llenos de imágenes modernas, la realidad de algo que se nos asemejaba a la pura fantasía. Y a ello contribuía la rusticidad primitiva de los pastores de Braojos —¡cuánta verdad, cuánta autenticidad encerrada en la sencillez de su ofrenda!—, la riqueza de los atavíos de los hombres y mujeres del pueblo, la variedad de las danzas y sobre todo el tipismo de los naturales del partido. ¿Y para qué decir más? Estas fotos, conseguidas con estilo de artista, seguramente llevarán a vuestro ánimo lo que este comentario quiere y tal vez no pueda. Examinad con la lupa de vuestra curiosidad la foto primera, y comprobaréis prolijamente cuanto queda dicho, y si os paráis en ese grupo de mujeres que rezan ante el Niño Dios, veréis también en sus rostros cómo les arroba la emoción, que no hay ningún engaño o falsedad, que todo es auténtico, como ese baile de los pastores de Braojos, sensacional descubrimiento del «Día de la Provincia».

(Fotos Loygorri y Leal.)

